

DESCIFRAMIENTO DE ESCRITURAS.

Res. de Peter T. Daniels, *Civil.o f the ANE*, Jasson ed., NY 1995, 81-95.

Docenas de lenguas se hablaron en el POA y no serán jamás oídas. Muchas no se escribieron ni tienen parientes vivos. De algunas hay conocimiento académico a través de tres caminos: su uso y estudio desde antiguo en Europa (hebreo y arameo (judío), latín y griego; ciertas lenguas sacras que fueron escritas que ya atrajeron a los humanistas, como el árabe y, en general, las lenguas del Islam (persa, turco), samaritano, siriaco (araméo litúrgico de muchas iglesias orientales), etiópico, copto, avéstico y sánscrito; y lenguas de civilizaciones extintas de que hablan los clásicos, que dejaron registros escritos en soportes duraderos.

1. Arameo palmireno. La primera lengua del POA descifrada fue la de Palmira (Tadmor), ciudad-Estado que controló el comercio E-O en el desierto sirio en tiempos de Roma y cuya figura más famosa es la reina guerrera Zenobia, en el s. III. El desciframiento fue anunciado a la Académie Française des Inscriptions et Belles Lettres el 12 de febrero de 1754 por el estudioso (olvidado) abate Jean Jacques **Barthélemy** (1716-1795). Fue un proceso canónico. Apareció un documento prácticamente bilingüe en una lengua conocida y otra desconocida que contenía nombres propios. A partir de este hecho se copiaron para estudio otras inscripciones similares en la lengua desconocida, para disponer de un corpus más amplio. Algunas ya se conocían desde 1616, pero las copias no siempre eran fieles, pues a menudo tenían propósitos artísticos. En 1751, dos aventureros ingleses, Robert Wood y James Dawkins, hicieron cuidadosos dibujos de las inscripciones de Palmira, que se publicaron enseguida en Londres. Muchas de las grandes columnas de los templos palmirenos llevaban inscripciones en honor de sus reyes y eran bilingües en palmireno y griego. Barthélemy pensó que el palmireno había de ser pariente del siriaco y que su alfabeto tendría concomitancias con éste y con el hebreo y comienza por intentar descifrar una inscripción cuya versión griega comienza por el nombre *Septimios*. La hipótesis de trabajo es que, por ser una lengua semítica, la palabra correspondiente en palmireno no reproducirá las vocales cortas, de modo que la versión local será parecida a algo como *Sptmyws* y que, por lo tanto, la primera y la última letra serán una ese. Sobre esa base y la búsqueda de palabras sencillas como “y”, etc., logra establecer las equivalencias y adjudicar valor fonético a los quince signos diferentes que contiene el breve texto. Las siete restantes se averiguarán enseguida. En los siguientes ciento cincuenta años, se descifraron otras lenguas semitas por similar procedimiento y fue el propio Barthélemy quien leyó primeramente el fenicio y el arameo imperial.

2. Persa antiguo cuneiforme. Las noticias sobre la rara escritura cuneiforme se conocían en Europa antes de que Carsten **Niebuhr** (1733-1815) trajese cuidadosas copias de las inscripciones de Persépolis. Vio que contenían tres escrituras que, por lo general, aparecían siempre juntas. Una, formada por 40 signos sencillos; otra, por unos 100, más complicados; y una tercera, de varios cientos de signos aún más complejos. En todas ellas los signos se escribían con trazos en forma de cuña. Niebuhr identificó las letras de la primera escritura suponiendo, por su pequeño número, que eran un alfabeto y que se escribía de izquierda a derecha, al revés de lo normal en los alfabetos semitas conocidos. La clave del desciframiento se produjo en 1802 a partir de un texto casi bilingüe empleado por Georg Friedrich **Grotefend** (1775-1853). El hecho de que el primer tipo apareciera siempre en primer lugar permitía suponer que era persa. También reparó en que había un corto grupo de signos que se repetía con frecuencia y supuso que la palabra podría ser “rey”. Grotefend empezó a aplicar los nombres de los reyes aqueménides conocidos a cada palabra que apareciese junto a la que él suponía significaba “rey”. El procedimiento dio resultado y pudo situar así los nombres de Hystaspes, Darío y Jerjes, cuyos nombres en persa encajaban en los lugares previstos, lo cual coincidía con lo que había seguido haciendo los reyes sasánidas, práctica conocida por sus inscripciones arameas, ya descifradas a partir de bilingües griegos. Rasmus Rask (1787-1832) probó

que la lengua era persa. Las letras fueron bien interpretadas en su totalidad por Eugène Burnouf (1801-1852) y Christian Lassen (1800-1876), el cual trabajaba por su cuenta sobre nombres geográficos (1836). Los materiales avésticos fueron de ayuda en la tarea y Lassen descubrió que la escritura aqueménide no era, realmente, un alfabeto, sino más bien que las vocales cortas a, i, u estaban incorporadas al signo de la consonante precedente: esto es, se trataba en parte de un silabario. Edward Hincks (1792-1866) dio los toques finales al desciframiento. Henry C. Rawlinson (1810-1895) halló y copió la gran inscripción de Behistún.

3. Avéstico. Lengua de la mayoría de los textos zoroástricos, cuya pronunciación y escritura se conservan, aunque se perdió su significado. Esa tradición ritual oral fue anotada por Abraham H. A. Duperron (1731-1803), en un viaje a la India en 1755. Publicó sus notas y, más tarde, fue Burnouf quien descifró la lengua y puso de manifiesto su importancia en la historia del indoeuropeo.

4. Egipcio. El egipcio se descifró gracias a la Piedra de Rosetta (Rashid), inscripción trilingüe, con texto griego, que contiene un decreto sacerdotal del 196 a. C. Las dos versiones egipcias estaban en jeroglífico y en demótico (lengua común y cotidiana, parecida al egipcio jeroglífico, pero distante de ella casi como puedan estarlo el latín y el español). El texto jeroglífico estaba roto y sólo conservaba sus últimas líneas. Descubierta en 1799 por tropas de Bonaparte, fue cedida en 1801 a Inglaterra como botín y está en el Museo Británico. Jean François **Champollion** (1790-1832) fue un estudioso precoz y a los 16 años ya había supuesto que el copto, lengua ritual de los cristianos egipcios, era la lengua faraónica. No era del todo cierto -pues es una descendiente-, pero aquel acercamiento facilitó mucho las cosas, puesto que el copto, en el que nadie hasta entonces había pensado en relación con los jeroglíficos, facilitó un buen término de comparación. Ya Barthélemy había sugerido que los cartuchos encerraban nombres de gobernantes y Thomas Young (1773-1829) había reconocido el nombre de Ptolomeo en la parte jeroglífica de la inscripción, aunque no supo ir más lejos, acaso porque en el primer texto este nombre era el único conservado. Champollion identificó en otra inscripción bilingüe el nombre jeroglífico de Cleopatra, con lo cual dispuso de un segundo juego de caracteres descifrados. Empero, se creía que el uso más o menos fonético del jeroglífico sólo se daba en la escritura de nombres extranjeros, grecorromanos, mientras que el resto del jeroglífico funcionaba de forma ideográfica, no fonética. En 1824 Champollion, con apoyo en el copto, demostró que también los nombres egipcios eran escritos en forma fonética, lo mismo que el resto del léxico y también descubrió el empleo de logogramas (esto es, conjuntos de signos que expresaban una palabra convencionalmente, y no su mera pronunciación) y de determinativos, signos sin valor fonético que acotaban el campo semántico de la palabra precedente a que se referían. Champollion no culminó la tarea, pero la dejó muy adelantada. No tuvo sucesores de su talla. Richard Lepsius (1810-1884) fijó, en 1837, que había signos que valían no por una sola consonante, sino por dos e, incluso, por tres. Edward Hincks (1859) comprendió, además, que no había representación para las vocales (lo que explica que aún no estemos muy seguros de la correcta vocalización del egipcio).

5. Cuneiforme mesopotámico. En las inscripciones que llevaron a descifrar el persa antiguo aparecían los textos en otros dos sistemas, según se ha dicho, llamados entonces segundo y tercer tipo cuneiformes. Hoy sabemos que el segundo tipo es el elamita y el tercero, el acadio. El acadio tiene dos variedades principales, llamadas asirio y babilonio, que difieren principalmente en la forma, incluso más de lo que, por ejemplo, lo hacen hoy las letras normal y la de estilo gótico en el alfabeto latino. Además, las formas de su escritura se usaron para lenguas muy diversas. La más antigua conocida se halló en 1827, en el Lago Van, en Armenia, y hoy sabemos que su lengua era el urartio; su hallador, F. E. Schultz, murió en el viaje y no se publicó el hallazgo hasta 1840. El cónsul francés Paul Botta empezó entonces a excavar ruinas asirias (las de Dur Sharrukin en Jorsabad, 1843) y el inglés A. H. Layard hizo lo mismo en Kalju (Nimrud, 1845) y Nínive (Nebi Yunus, 1849). Los

materiales escritos comenzaron enseguida a publicarse. Edward **Hincks** (desde 1846) ya notó que cuando un signo aparecía en dos o más escrituras distintas, tenía el mismo valor (ya fuera en lengua elamita, asiria o babilonia). Estableció, así, el valor de unos cien signos y supo que Grotefend había descubierto que los nombres de pueblos y países estaban precedidos por un signo característico (una docena de estos signos, en total). En 1847 se dedicó a la inscripción urartia de Van en la que pudo aislar los signos de las vocales sin consonante, tarea difícil porque no siempre eran representadas en la escritura. En 1852 presentó una lista de 236 caracteres cuneiformes, básicamente correctas, según se sabe hoy. Gran parte de su éxito se basó en carácter formulario de las inscripciones, en las que los reyes, en términos a menudo idénticos, hablan repetidamente de sí mismos y repiten expresiones estereotipadas. Ello permitió al laborioso Hincks descubrir que las mismas expresiones se escribían en ocasiones con una transcripción fonética, mientras que, en otras, se seguía un sistema logográfico, en el que el radical de una palabra se representaba convencionalmente, de forma que incluso hoy se desconoce su pronunciación, aunque se conozca su significado. También reparó en que la escritura fonética, fundamentalmente silábica, no era rígida absolutamente y que los escribas podían, por ejemplo, escribir de dos maneras una misma palabra (como si nosotros escribiésemos, por ejemplo, indistintamente “pan” o “pa-an”). Hincks usó, también deducciones por coherencia gramatical sobre la base de que eran lenguas semíticas, como había afirmado poco antes Isidore de Loewenstern. Por ejemplo, en la conjugación de las formas de todo verbo debería haber signos distintos que valiesen por una misma consonante pero con diferentes vocales o por una misma vocal con consonantes distintas. Dicho de otra forma, y dado el carácter casi enteramente silábico de la escritura, deberían aparecer las palabras iparras e iprus escritas según una segmentación silábica del tipo i-pa-ra-as e ip-ru-us, lo que podía asignarles el valor fonético correcto pero con un aspecto formal muy diferente. También dedujo que algunos signos tenían varias lecturas o pronunciaciones, a causa de que, según él, la escritura empleada por los acadios había sido creada para expresar una lengua de familia diferente (la que hoy llamamos sumerio, en efecto). Hincks dejó, pues, sustancialmente resueltas las lenguas urartia y acadia, aunque sobre esta segunda todavía subsisten numerosos problemas. El elamita, en cambio, es lengua que sigue siendo mal conocida: no tiene parientes vivos y se ha postulado alguna relación con el finougrio y el dravídico. Su primer gran estudioso fue Archibald H. Sayce (1845-1933), asimismo sistematizador del urartio (años 1880). También se escribieron en cuneiforme el hitita y el hurrita, comprensibles a partir de los hallazgos amarnienses. El hitita fue clasificado en 1915 como indoeuropeo por Bedrich **Hrozny** (1879-1952), a partir de la palabra wa-a-tar (agua), lo que quitó al sánscrito la primacía en la antigüedad i.e.

6. Sumerio. Conocido sobre todo por los hallazgos asirios, ¿era lengua antigua o un código sacerdotal asirio? Se pensó que era “turano” (pariente del turco y el finés). Paul Haupt (1858-1926) escribió una gramática en 1879 y en los años 1880 las excavaciones de Lagash (cerca de Basora, en Tell al-Hiba) dieron cientos de tablillas que dejaron fuera de dudas la cuestión sobre su antigüedad y características.

7. Jeroglífico luwita. A pesar de varios intentos (A. H. Sayce, 1880), el jeroglífico hitita sólo se descifró tras los copiosos hallazgos de Hattusas, en donde había muchos textos en jeroglífico y en cuneiforme hitita. En 1931, trabajando en vías semejantes, los primeros estudios sistemáticos fueron presentados por I. J. **Gelb** (1908-1985) y Emil Forrer y, luego, por Piero Meriggi. Gelb describió los determinativos, la separación de palabras y el indicador de logogramas y aceptó la idea de Johannes Friedrich (1893-1972) de que el hitita cuneiforme y el jeroglífico no eran exactamente la misma lengua, puesta la segunda debía de ser el luwita, un pariente próximo del hitita. En 1931, Gelb había fijado el valor de 19 signos y en 1942 el de 40 de un total de 57 con valor fonético. En 1947 se descubrió un bilingüe fenicio y luwita en Karatepe y en los años 1970 algunas precisiones completaron las lecturas de Gelb

8. Ugarítico. Desde su hallazgo en 1929 era evidente su carácter semítico y alfabético y la probabilidad de que se pareciese al hebreo y a las lenguas cananeas en general. Los textos se publicaron enseguida y en su traducción trabajaron bien Hans Bauer (1878-1937), Éd. Dhorme (1881-1966) y Ch. Virolleaud (1879-1968), que avanzaron con rapidez. Una dificultad especial fue la existencia de tres grafías diferentes para el alef (‘) según fuera seguido de a, i, u, algo excepcional en las escrituras semíticas y que ha obligado a cambiar hipótesis históricolingüísticas acreditadas. Los textos ugaríticos, además, han suministrado antecedentes inesperados de gran valor para el estudio de la Biblia.

9. Otras lenguas descifradas que han permitido abrir el camino de sucesivos hallazgos en nuevas lenguas antiguas han sido el sudarábigo himyarítico (alfabético, 29 signos, 1849, W. Gesenius y E. Rödiger), el brahmí (alfabético, desde el III a. C., James Prinsep, 1830s), el chipriota, silabario griego, a partir de un bilingüe con fenicio, George Smith, 1871 y el mismo con Moriz Schmidt, 1874).